

***LAS EDADES DE LA VIDA, ANÁLISIS
HISTÓRICO SOCIOLÓGICO***

***THE AGES OF LIFE, HISTORICAL AND
SOCIOLOGICAL ANALYSIS***

María del Carmen Calderón Berrocal

Resumen: La noción de edad forma parte del patrimonio intelectual de toda sociedad, aunque conceptualizada de diferente manera. La edad es una de las variables en torno a la cual se puede realizar la definición del individuo. De esta manera, el paso de una etapa a otra de la vida queda marcado por una serie de ritos y por la obtención de prerrogativas institucionales que aumentan a medida que se avanza de un período a otro de la vida de una persona. La juventud, como puente entre las etapas de infancia y madurez, se caracteriza en el plano social por unas adquisiciones superiores a las de la edad anterior, la infancia, considerada como incompleta. Aun así, al joven todavía le está vedado el acceso a una serie de prerrogativas propias de la edad madura.

Abstract: The notion of youth is part of the intellectual heritage of every society, although it is conceptualized in different ways. Age is one of the variables around which an individual's definition can be constructed. In this way, the transition from one stage of life to another is marked by a series of rites and the acquisition of institutional prerogatives that increase as one moves from one period of life to another. Youth, as a bridge between the stages of childhood and maturity, is characterized by a higher level of social acquisitions compared to the preceding period, childhood, which is considered incomplete. Even so, young people are still denied access to certain prerogatives specific to mature age.

Palabras clave: juventud, patrimonio intelectual de la sociedad, etapa de vida, prerrogativas institucionales, infancia, madurez

Keywords: youth, intellectual heritage, life, institutional prerogatives, childhood, maturity

Fecha de recepción: junio de 2025

Fecha de aceptación y versión final: noviembre de 2025

La noción de edad forma parte del patrimonio intelectual de toda sociedad, aunque conceptualizada de diferente manera a través del tiempo y según culturas. La edad es una de las variables en torno a la cual se puede realizar la definición del individuo. De esta manera, el paso de una etapa a otra de la vida queda marcado por una serie de ritos y por la obtención de prerrogativas institucionales que aumentan a medida que se avanza de un período a otro de la vida de una persona.

La juventud, como puente entre las etapas de infancia y madurez, parece ser la más apreciada en la contemporaneidad, aunque el culto a la juventud fue desmitificado ya por autores clásicos; y se caracteriza, en el plano social, por unas adquisiciones superiores a las de la edad anterior, la infancia, considerada como incompleta. Aun así, al joven todavía le está vedado el acceso a una serie de prerrogativas propias de la edad madura. El paso de la adolescencia como infancia tardía a la juventud tiene especial significación en el Renacimiento, etapa bisagra entre la Edad Media y el Renacimiento. Tenemos los casos de los niños que se arman o nombran caballeros por su contribución en la Guerra de Granada contra los invasores asentados sarracenos. Es el caso de Francisco, Fadrique y Fernando Enríquez de Ribera, hijos del Adelantado Mayor de Andalucía y, el primero y primogénito del Adelantado, Francisco, hijo de Beatriz de Ribera; Fadrique y Fernando, hijos de su hermana Catalina de Ribera y Mendoza, hermana de Beatriz y segunda esposa de Pedro Enríquez de Quiñones. En la misma fecha hay también otros casos.

1. El concepto de juventud a través del tiempo

El concepto de juventud ha variado significativamente a lo largo del tiempo y entre diferentes culturas. En la **Antigüedad**, en las sociedades como la griega o romana clásicas, la juventud estaba asociada a la preparación para el rol en la sociedad. Era vista como una etapa de formación física y mental. En Grecia, se valoraba el desarrollo intelectual y físico, como se reflejaba en los juegos olímpicos y en la educación filosófica. En Roma, la juventud marcaba la entrada al servicio militar y a la ciudadanía activa.

En la **Edad Media** la juventud no era claramente diferenciada como una etapa autónoma. Las personas jóvenes eran consideradas adultos jóvenes tan pronto como podían asumir responsabilidades, como trabajar o casarse. Los ritos religiosos, como la confirmación, marcaban la transición simbólica hacia una mayor madurez. Suponía el paso de la infancia, en la que se educa en el catolicismo a la madurez o al uso de razón, en la que el cristiano ya era y es capaz de valorar por sí mismo si quiere confirmar su pertenencia a la Iglesia o no. Incluso se permite cambiar el nombre, para que el cristiano, si así lo desea, figure con el nombre elegido por él mismo, dentro de su fe, consciente ya de su pertenencia por convicción a la Iglesia.

En el **Renacimiento y Modernidad temprana** surgió un interés por el individuo y la juventud empezó a ser reconocida como un período de desarrollo personal y aprendizaje, especialmente en las clases altas. Aparte de ser el punto de inflexión entre la niñez y la madurez. La educación se convirtió en un componente clave para esta etapa.

Con la **Revolución Industrial**, la industrialización cambió drásticamente la noción de juventud. Surgieron nuevas categorías como el “adolescente trabajador”, aunque existía el niño trabajador, no solo en la industria sino incluso en las minas. A medida que aumentaban las demandas laborales, los niños y jóvenes trabajaban largas jornadas. Posteriormente, las leyes laborales limitaron el trabajo infantil, permitiendo la extensión de la educación.

El **siglo XX** trae la Invención de la Adolescencia. El siglo XX marcó un cambio radical con la invención del concepto de “adolescencia” como una etapa entre la infan-

cia y la adultez. El desarrollo psicológico, tal y como lo propuso Erik Erikson; y la expansión de la educación secundaria y universitaria dieron a la juventud un carácter único. Surgió la juventud como categoría cultural y social, asociada al consumo, la moda y los movimientos contraculturales como, por ejemplo, los hippies o el punk, entre otros.

En el **siglo XXI** la juventud se define cada vez más como una etapa prolongada debido a los cambios sociales y económicos. La educación superior extendida, el retraso en el matrimonio y la independencia económica más tardía han dilatado el tiempo que se considera juventud. Además, la tecnología y las redes sociales han redefinido las formas de expresión y socialización juvenil. La juventud ha pasado de ser una etapa de transición funcional a convertirse en un período culturalmente significativo y diverso, influido por factores económicos, sociales y tecnológicos.

1.1. *Sobre el concepto de juventud*

Tanto durante la Edad Media como durante el Renacimiento, la definición de la juventud se construía en torno a la necesidad de moderarla o gobernarla, tal como resumía la máxima: “La juventud debe ser naturalmente ordenada”, utilizada por tratadistas como Guillermo Budé y León Bautista Alberti¹.

Guillaume Budé (1467–1540), destacado humanista y helenista francés, abordó la juventud en sus escritos, enfatizando la importancia de la educación y la disciplina durante esta etapa vital. En su obra *Comentarios sobre la lengua griega*, Budé subraya la necesidad de una formación rigurosa para los jóvenes, considerando la juventud como un período de formación crucial que requiere orientación y aprendizaje estructurado. Esta perspectiva refleja la visión renacentista de la juventud como una fase de desarrollo que, mediante una educación adecuada, prepara al individuo para contribuir significativamente a la sociedad.

León Battista Alberti (1404–1472), destacado humanista y arquitecto del Renacimiento, no dedicó obras específicas al tema de la juventud. Sin embargo, su vida y escritos reflejan una profunda valoración de la formación integral durante los años jóvenes. Alberti había nacido en Génova y, desde temprana edad, recibió una educación amplia en diversas disciplinas. Estudió humanidades en Padua y derecho en Bolonia, donde también mostró interés por la música, pintura, escultura, ciencias físicas, matemáticas y filosofía. Enfatizó la importancia de una educación sólida y multidisciplinar, especialmente en las artes y las ciencias, como base para el desarrollo personal y profesional. Su propio recorrido académico y profesional ejemplifica cómo una formación integral durante la juventud puede conducir a contribuciones significativas en múltiples campos. Alberti fue una figura inspiradora para contemporáneos y generaciones posteriores, incluyendo a Leonardo da Vinci, quien admiraba su enfoque multidisciplinario

¹ ECHEVARRÍA ARSUAGA, Ana: “La juventud de los hijos del rey en la Castilla del siglo xv” / La jeunesse des enfants du roi dans la Castille du xv^e siècle en *The Childhood and Adolescence of the King's Children in 15th Century Castile*, 127-153; “Literature of the Renaissance in 1965”, *Studies in Philology* Vol. 63, No. 3, Literature of the Renaissance in 1965: A Bibliography (May, 1966), 203-207+209-472 Published By: University of North Carolina Press; Literature of the Renaissance in 1968, *Studies in Philology* Vol. 66, No. 3, Literature of the Renaissance in 1968: A Bibliography (May, 1969), 225-569, University of North Carolina Press; Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

y su capacidad para integrar arte y ciencia. Aunque Alberti no abordó explícitamente el concepto de juventud en sus escritos, su vida y obra destacan la relevancia de una formación amplia y rigurosa durante los años jóvenes para alcanzar un desarrollo pleno y versátil.

2. Según la tradición griega

En la tradición clásica griega, el destacado dramaturgo Sófocles (496-406 a.C.) es uno de los autores que abordan la idea de la belleza y el valor de la vejez, aunque no afirma explícitamente que la máxima belleza del hombre está en esta etapa. En sus tragedias, como *Edipo en Colono*, Sófocles destaca la dignidad, sabiduría y serenidad que la vejez puede otorgar, viendo esta etapa como un tiempo de madurez espiritual y conexión con lo divino.

El contexto de la belleza en la vejez en Sófocles es peculiar. En *Edipo en Colono*, Edipo, aunque ciego y envejecido, alcanza un nivel de entendimiento y nobleza que lo convierte en un símbolo de sabiduría y reconciliación con su destino. La vejez es retratada como una etapa de plenitud interior, más allá de la juventud física, de lo que se considera belleza física.

Por su parte Platón (427-347 a.C.), autor clásico griego que reflexionó sobre la vejez y la belleza de la vejez, especialmente en diálogos como *La República* y *Las Leyes*, describe la vejez como una etapa en la que el hombre se libera de las pasiones y alcanza la verdadera belleza del alma, que supera la belleza física. En este sentido, para Platón, la máxima belleza del hombre podría residir en la perfección espiritual y moral alcanzada en la vejez.

En la Grecia clásica, la idea de *kalokagathia* (la unión de la belleza física y moral) era predominante. Aunque la juventud era idealizada por su belleza externa, algunos autores griegos, como los mencionados, exaltaron la vejez como una etapa de plenitud moral e intelectual, que podía considerarse una forma superior de belleza.

Aunque no se atribuye a un autor clásico griego en particular la afirmación explícita de que la “máxima belleza del hombre está en la vejez”, Sófocles y Platón reflexionaron profundamente sobre la dignidad, sabiduría y belleza interior que esta etapa puede ofrecer.

2.1. La visión de Cicerón

El autor clásico que defendió la idea de que la vejez era la edad perfecta y no la juventud fue Cicerón (106-43 a.C.), el gran orador, filósofo y político romano que, en su obra *De Senectute*, “Sobre la Vejez”, presenta un elogio a la vejez, considerando que esta etapa de la vida puede ser la más sabia y plena, siempre y cuando se viva con virtud y dignidad. Pensaba Cicerón que a la vejez la adornaban ciertas cualidades que no adornaban a otras edades, era portadora de una sabiduría acumulada. La vejez permite a las personas disfrutar de la experiencia y el conocimiento acumulado durante toda la vida. En ella tenía lugar el desapego de las pasiones pues según Cicerón, las pasiones

intensas de la juventud disminuyen con la edad, lo que permite un juicio más sereno y equilibrado. Se da también en ella una preparación para la muerte pues la vejez brinda la oportunidad de reflexionar sobre la vida y aceptar el fin de la existencia con tranquilidad. Cicerón afirma que supone también una considerable contribución social pues los ancianos pueden ser valiosos consejeros y guías para las generaciones más jóvenes. Un fragmento relevante de *De Senectute* dice: “La vejez, lejos de ser un estado miserable, es una etapa en la que, si se ha vivido correctamente, uno puede cosechar los frutos de una vida bien llevada”.

Cicerón argumentaba que la plenitud en la vejez dependía en gran medida de cómo se vivieran las etapas previas, subrayando la importancia de la virtud, la educación y el servicio a la sociedad.

3. El entorno medieval

La juventud, sobre todo entre la Edad Media y Moderna se consideró como un tiempo de ardor en todos los ámbitos de la vida, de apetitos desatados y actitudes excesivas, que podían resultar en la perdición del alma y la vida del joven. No se conceptuaba esta edad del hombre como la más favorable, pues todos los elementos se conjuraban para provocar la confusión en el joven inexperto.

Como bien se creía: “Desde que el hombre, especialmente en su gran estado, está en el mayor peligro que nunca puede ser, tan bien para él alma, como para el cuerpo, como para la hacienda. Ca el mismo y el entendimiento y los más de cuantos con él viven, todos guisan cuanto pueden porque confunden el cuerpo, el alma y la hacienda”.

La cita parece reflejar preocupaciones sobre los peligros que enfrenta el ser humano en relación con el alma, el cuerpo y los bienes materiales. La temática guarda similitudes con las reflexiones de autores místicos y religiosos del Siglo de Oro español, como Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz, quienes abordaban la dualidad entre lo espiritual y lo material. Por ejemplo, Santa Teresa, en su *Libro de la Vida*², menciona la importancia de servir al cuerpo por amor a Dios, para que este sirva al alma. Refleja la preocupación por los desequilibrios que podía causar la juventud, no solo a nivel personal sino también en lo social y económico. Este fragmento se inserta en un contexto donde se enfatiza la necesidad de guiar y moderar a los jóvenes para que no sucumban a los excesos propios de su etapa vital. En particular, la juventud era vista como un tiempo de impulsos desordenados que podían llevar al individuo a la ruina tanto física como espiritual y económica. Esta temática es coherente con las reflexiones presentes en la obra de Don Juan Manuel, especialmente en el *Libro enfenido* (también conocido como *Libro infenido* o *Libro de castigos et de consejos*), una obra dedicada a la educación de su hijo, escrita entre 1336 y 1337.

El texto, atribuido a Don Juan Manuel en el marco de obras como *El Libro enfenido* o sus tratados educativos, recalca que en la juventud convergen elementos de

² DE CEPEDA Y AHUMADA, TERESA, *Libro de la Vida*, cap. 8. “Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oración para no perder el alma, y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade a que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia y que, aunque la tornen a dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien”.

riesgo: el cuerpo, el alma y la hacienda (riqueza o bienes materiales) están en peligro de confusión o destrucción si no se gobiernan con prudencia y sabiduría. Esto refleja una visión medieval en la que los estados de la vida humana están profundamente interconectados con el orden social y espiritual. Refleja la preocupación por la integridad del ser humano y la advertencia sobre los peligros que lo acechan, temas que son recurrentes en la obra de Don Juan Manuel.

El cuerpo simboliza las pasiones desatadas; el alma, la capacidad moral y espiritual; y la hacienda, los bienes materiales o el patrimonio. La confusión que menciona el texto hace referencia al desorden o la incapacidad de armonizar estas tres dimensiones bajo una guía racional o ética adecuada.

El entorno cultural de la Edad Media otorgaba gran importancia al aprendizaje y la disciplina como herramientas para formar al joven, considerado vulnerable frente a las tentaciones y los errores. Es por eso que obras como las de don Juan Manuel suelen insistir en que la juventud debe ser acompañada por figuras de autoridad como los padres, tutores, maestros o los ismos gobernantes, que actúen como guías hacia la madurez. Por tanto, este pasaje no solo describe el potencial desorden de la juventud, sino que también subraya la responsabilidad colectiva de los mayores en orientar a los jóvenes para preservar su integridad en todas las dimensiones de su vida.

La definición de la juventud en la Edad Media se basaba en la división de la vida del hombre en una serie de edades, pero ni siquiera esa clasificación era precisa, pues los diferentes marcos de la vida tenían distintos referentes: la edad no afectaba de igual forma ni se regía por los mismos parámetros en el caso del príncipe, del universitario, del comerciante o del labrador. A un sistema de cómputo laico, basado en cuatro edades coincidentes con las estaciones del año, donde la infancia era equivalente a la primavera; la juventud, al verano; la madurez o edad intermedia, al otoño; y la vejez, al invierno, se oponía una más erudita, potenciada desde los círculos eclesiásticos y basada en autores clásicos y en el simbolismo de ciertos números, que estaba dividida en seis o siete edades.

La primera, llamada *infantia*, iba desde el nacimiento hasta los siete años; de los siete a los catorce años, aproximadamente, transcurría la *pueritia* o segunda edad. Desde los catorce hasta los veintiuno o veintiocho años se desarrollaba la *adulescentia*; la *juventus*, desde los veintiuno hasta los treinta y cinco; la *virilitas*, desde los treinta y cinco hasta los cincuenta y cinco o sesenta años; y, a partir de esa edad, la *senectus*. En ocasiones, se les podía añadir la *senies* o vejez más allá de los setenta años. Para las mujeres, las edades variaban ligeramente, coincidiendo con las etapas de su vida reproductora.

De la misma manera, en la vida campesina las categorías utilizadas se correspondían más bien con las funciones sociales que desempeñaba la persona: los niños de pecho, los niños, los jóvenes de ambos sexos, los recién casados, los padres y madres de familia, los viudos, los ancianos y los difuntos, con cometidos específicos dentro de su comunidad, donde el grupo de los difuntos, en otra dimensión, adquiriría poderes de amparo y protección.

La definición de lo que actualmente entendemos como juventud correspondería, de forma amplia, a las edades tercera y cuarta, aunque, según el registro iconográfico, una y otra no se confunden. A pesar de tener edades parecidas, los adolescentes y

los jóvenes pertenecían a mundos diferentes: habían dado los adolescentes el paso de escuderos -su etapa de educación y formación en los valores caballerescos- a caballeros, ya considerados hombres jóvenes; o de aprendices a oficiales, de ser casi unos niños a ser hombres jóvenes que podían aspirar a los privilegios y atributos de la madurez.

Según Don Juan Manuel

Ca unas cosas convienen de fazer a los niños et otras a los moços et otras a los mançebos. A los niños, en quanto non han entendimiento para entender qué les dizen, non han mester otra cosa sino guardarles la salud del cuerpo; faziéndoles lo que les cunpliere et aprovechar en el comer et en el beber, et en el mamare, et en el dormir, et en el vestir et en el calçar, para ser guardados del frío et de la calentura; et en todas las cosas, fazerles lo que les cunple, que les fuere provechoso, et guardarlos de las cosas que les pueden enpeçer. Et después que fueren entendiendo, irles mostrando poco a poco todas las cosas, porque puedan ser muy sabidores.

Ca tan bien en la letadura, quanto les cunple de saber, commo en saber todo lo que cunple a la cavallería; et de commo pueden mantener sus pueblos en derecho et en justicia et en paz. Et desde fueren en tienpo de la mancebía, abiendo buenos consejeros para los aconsejar lo que les fuere provechoso, et se pueden guardar de las cosas que les podrían tener daño.

3.1. *Diversidad en el vocabulario en torno a la juventud*

La diversidad de vocabulario con la que los tratadistas denominaban a la juventud en latín se corresponde con un fenómeno similar en castellano. El término *juventus* o *juventud* no fue utilizado por el romanceador del *Regimiento de príncipes* de Gil de Roma, que se refiere más bien a *moçedad* y *mancebía*. Sin embargo, al hablar de las costumbres que debían tener los reyes, hace un repaso de las propias de la mocedad y de la senectud, tanto reprobables que hay que evitar, como loables y dignas de imitar.

Esta caracterización de la juventud es lo más próximo a una definición de dicho período de la vida y se basa en la *Retórica* de Aristóteles:

El primero capítulo de esta parte es quales costumbres son de loar en los mançebos ca algunas son en ellos de loar algunas de denostar. Do conviene denotar que segunt que dise el filósofo en el segundo libro de la Rretórica, seys costumbres son en los mançebos de loar. La primera es que son liberales et francos. La segunda es que son animosos et de buena esperança. La terçera es que son magnanimos et de grandes coraçones. La quarta es que non son maliçiosos nin de malas maneras. La quinta es que son misericordiosos et de ligero se apiadan. La sexta es que son vergoñosos et ayna toman verguença de las cosas.

Este texto medieval refleja un interés por categorizar y describir las virtudes ideales de la juventud, una preocupación recurrente en la tradición moral y filosófica

de la época. Su estructura responde a un esfuerzo por identificar, desde una perspectiva normativa, cuáles son los rasgos positivos que definen a los jóvenes, al tiempo que se señala la dualidad inherente a sus comportamientos, algunos dignos de elogio y otros de crítica. Veamos algunos puntos destacables:

En el aspecto filosófico y moral, el pasaje menciona explícitamente a “el filósofo”, una referencia típica en la literatura medieval que generalmente alude a Aristóteles, en este caso a su *Retórica*. Esto sitúa el texto en una tradición de pensamiento que combina la ética con la observación práctica de las cualidades humanas, en este caso enfocada en los jóvenes. La idea de dividir las costumbres en dos categorías, las “de loar” y las “de denostar”, refleja un marco moral didáctico, muy característico de la literatura sapiencial, que busca instruir al lector sobre cómo evaluar y moldear el comportamiento humano.

Las virtudes enumeradas son seis cualidades positivas de los jóvenes, cada una con un significado particular dentro del contexto cultural y filosófico medieval:

- **Liberalidad y franqueza:** Representan la generosidad y la ausencia de mezquindad, valores muy apreciados en una sociedad jerarquizada donde compartir recursos o favores fortalecía redes sociales.
- **Animosidad y esperanza:** La valentía y la confianza en el futuro reflejan el ideal de la juventud como una etapa de energía y posibilidades.
- **Magnanimidad y grandeza de corazón:** Este rasgo conecta con la ética aristotélica, que valora la nobleza de espíritu y la capacidad de aspirar a grandes logros.
- **Ausencia de malicia:** La juventud es percibida como un periodo libre de las corrupciones del alma que a menudo se asocian con la experiencia o la vejez.
- **Misericordia y compasión:** Estos valores subrayan una sensibilidad moral que contrasta con la dureza o la crueldad.
- **Vergüenza y modestia:** La capacidad de sentir vergüenza es presentada como un freno natural ante comportamientos inmorales, un rasgo que refleja el concepto medieval de honor.

Estamos ante una visión idealizada pero normativa pues, aunque el texto parece elogiar a los jóvenes, lo hace desde un ideal que probablemente no se corresponde con la realidad de la mayoría. Es, en esencia, un espejo normativo que invita a los lectores a aspirar a estas virtudes. También cabe destacar que esta descripción es homogénea y no contempla diferencias individuales o sociales, lo que sugiere que se trata de un modelo universal de comportamiento juvenil, más aspiracional que descriptivo.

En cuanto al lenguaje y estilo, vemos un lenguaje arcaico, con términos como “mançebos”, “vergoñosos” o “aynna”, refleja la riqueza del español medieval. Su tono es didáctico, probablemente dirigido a una audiencia con cierto grado de instrucción. El uso de expresiones como “segunt que dise el filósofo” legitima las afirmaciones, anclándolas en una autoridad reconocida, mientras que la estructura enumerativa facilita la memorización y el aprendizaje, en línea con las prácticas pedagógicas de la época.

Aunque el texto pertenece a un periodo histórico distante, su análisis de la juventud como un momento de potencial y cualidades destacadas sigue siendo relevante. Los valores de generosidad, valentía, grandeza de espíritu y compasión siguen siendo aspiraciones universales, aunque hoy los interpretaríamos de manera más contextual y diversa.

Combina reflexión filosófica, observación moral y aspiración normativa para ofrecer un retrato de las virtudes juveniles en el contexto medieval. Aunque idealizado, nos permite comprender cómo se concebía a la juventud como una etapa de oportunidades y desafíos; y cómo estos valores eran transmitidos a través del discurso moral.

3.2. *Las virtudes de la juventud según Don Juan Manuel*

La primera les conteçe por dos razones: la primera es porque non han provado las menguas en que caen los omes; la segunda es porque los bienes que han non los ganaron por su trabajo. Cada uno con mayor acuzia guarda lo suyo cuando sufrió alguna mengua o cuando lo ganó con su sabiduría o con su trabajo, ca más ama el ome lo que gana que lo que el otro dexó...

Refleja una observación profundamente humana sobre la relación entre el esfuerzo, la experiencia y la valoración de los bienes, desde una perspectiva moral y psicológica típica de la literatura sapiencial medieval. El fragmento se inscribe en una tradición de análisis moral y social donde el autor busca explicar comportamientos humanos a través de razones universales. Aquí, se aborda la diferencia en la forma en que las personas valoran lo que obtienen mediante su propio esfuerzo frente a lo que reciben sin esfuerzo, como una herencia o un regalo. Este razonamiento tiene un propósito didáctico: subrayar la importancia del esfuerzo personal y las lecciones que se extraen de la experiencia.

En cuanto a las dos razones planteadas:

- **La falta de experiencia en las dificultades de la vida** (“las menguas en que caen los omes”): Don Juan Manuel aquí identifica que la inexperiencia, especialmente respecto a las pérdidas o privaciones, lleva a una actitud menos cuidadosa hacia los bienes. Esta idea resalta cómo las dificultades moldean el carácter humano y enseñan el valor de las cosas. Alguien que nunca ha enfrentado carencias tiende a subestimar la importancia de lo que posee.
- La segunda razón: **la falta de esfuerzo en la obtención de los bienes** (“non los ganaron por su trabajo”) conecta directamente con el esfuerzo como factor determinante para valorar lo obtenido. Los bienes obtenidos por herencia, regalo o circunstancias fortuitas carecen, -según el autor-, del mismo valor subjetivo que aquellos que han sido fruto del sudor y la sabiduría de quien los posee. Este razonamiento es de una

vigencia universal y se aplica a numerosos contextos, desde el ámbito económico hasta el personal.

Está presente siempre la idea de “amar lo ganado”. La frase “ca más ama el ome lo que gana que lo que el otro dexó” encierra una verdad psicológica que trasciende su contexto histórico. Este principio sugiere que el ser humano otorga un valor emocional añadido a aquello en lo que ha invertido esfuerzo y dedicación. Esta conexión entre el esfuerzo y el apego es un tema recurrente en la literatura moral y filosófica, que resalta el carácter transformador del trabajo en la relación del individuo con el mundo. Este concepto también tiene resonancias modernas en áreas como la psicología (por ejemplo, la teoría del esfuerzo y la recompensa) y la economía (donde se valora más lo que requiere inversión de tiempo y recursos).

La visión medieval del trabajo y la moralidad refleja un pensamiento típico de la Edad Media, donde el trabajo no solo se consideraba una forma de sustento, sino también una vía para ennoblecere el espíritu. En este contexto, la herencia o los bienes no trabajados podían verse como un lujo peligroso que no cultivaba las virtudes personales, mientras que el esfuerzo y la experiencia eran considerados elementos esenciales para la dignidad humana.

El mensaje sigue siendo relevante en debates actuales sobre el mérito, la responsabilidad personal y el valor del trabajo. En sociedades modernas, donde las oportunidades pueden ser desiguales, la idea de valorar más lo ganado que lo recibido sigue resonando, especialmente en cuestiones relacionadas con la ética laboral, la educación y las dinámicas familiares.

El texto, cargado de significado, analiza con notable perspicacia la relación entre esfuerzo, experiencia y el valor que otorgamos a los bienes. Además de ser una lección moral para sus contemporáneos, ofrece una reflexión atemporal sobre la naturaleza humana. En su esencia, nos recuerda que el verdadero aprecio por las cosas no reside únicamente en poseerlas, sino en el camino recorrido para obtenerlas y en las lecciones que ese esfuerzo deja en nosotros.

...La segunda les conteçe esto por tres razones, según que dise el filósofo en el segundo de la Rretórica: ca son de buena esperanza porque non han provado las cosas e, por ende, creen que se les farán las cosas así como ellos cuydan, porque an mucha calentura en el corazón. Por ende, así se enflaman e an grande esperanza para acabar lo que acometen; lo segundo, porque poco han bevido en el mundo; e según curso natural deven bevir mucho; e por ende non viven en memoria de lo pasado, más viven en esperanza de lo que han de venir...

El párrafo, de inspiración aristotélica y enmarcado en la tradición sapiencial medieval, explora las características psicológicas y emocionales de los jóvenes, describiéndolos también como individuos marcados por la esperanza, el entusiasmo y una visión orientada hacia el futuro. A través de un análisis estructurado en tres razones, el texto no solo ofrece una observación sobre la naturaleza humana, sino que también refleja una intención pedagógica y moral.

En cuanto al papel de la juventud y la esperanza, el autor describe a los jóvenes como personas naturalmente esperanzadas, destacando que su optimismo surge de la falta de experiencia con los fracasos y las dificultades del mundo. Esta esperanza, según el texto, no es solo una virtud, sino también una consecuencia de su naturaleza emocional (“mucha calentura en el corazón”) y su inexperiencia vital. Esta combinación de entusiasmo y desconocimiento los lleva a abordar desafíos con una confianza que, aunque puede ser ingenua, también resulta poderosa. Este retrato conecta con una visión clásica de la juventud como una etapa de energía e impulso, que contrasta con la cautela que suelen desarrollar los mayores a través de la experiencia.

Las tres razones según Aristóteles serían:

- **Primera razón: la falta de experiencia con las cosas del mundo.** La esperanza juvenil nace de no haber enfrentado aún los obstáculos que trae la vida. Los jóvenes, al no haber “provado las cosas”, creen que sus proyectos se realizarán tal como los imaginan. Este pensamiento refleja una confianza desmesurada que, aunque puede parecer imprudente, es también un motor para la acción y el cambio.
- **Segunda razón: su conexión con el futuro más que con el pasado.** Aquí, el autor señala que los jóvenes viven “en esperanza de lo que han de venir” y no en la memoria de lo pasado. Este punto resalta cómo la juventud se enfoca en lo que está por lograr, lo que los impulsa a mirar siempre hacia adelante, en lugar de quedar atrapados en las lecciones o fracasos del pasado. Es una reflexión profunda sobre cómo la perspectiva temporal moldea nuestras emociones y decisiones.
- **Tercera razón: su naturaleza vital y energética.** La “calentura en el corazón” es una metáfora que subraya la pasión y el ímpetu que caracteriza a los jóvenes. Este ardor emocional los hace persistir en sus empresas con una intensidad que puede faltar en etapas más avanzadas de la vida, cuando la experiencia y la moderación comienzan a templar el entusiasmo.

Refleja el texto de Don Juan Manuel, una visión dual de la juventud, típica de la literatura medieval y filosófica. Por un lado, exalta su energía, optimismo y capacidad para acometer grandes proyectos; por otro, reconoce la falta de prudencia que puede derivarse de su inexperiencia. En este sentido, la juventud es vista tanto como una fuerza transformadora como un estado de vulnerabilidad. Este equilibrio entre elogio y advertencia responde a la intención pedagógica del texto, que busca instruir a los lectores sobre las cualidades y riesgos de la juventud.

El lenguaje utilizado, con expresiones como “calentura en el corazón” y “poco han bebido en el mundo”, refleja una mezcla de metáforas vivas y referencias filosóficas, típicas de la prosa sapiencial medieval. Esta combinación de imágenes concretas y conceptos abstractos facilita tanto la memorización como la comprensión de ideas complejas, lo que era crucial en una época donde la transmisión oral y escrita debía ser accesible para diversos públicos. Las observaciones sobre la esperanza juvenil, la falta de

experiencia y la orientación hacia el futuro siguen siendo relevantes en debates modernos sobre el desarrollo humano, la psicología de la adolescencia y la educación. Hoy, podríamos reinterpretar estas ideas desde perspectivas científicas o sociológicas, pero la esencia de la reflexión sigue siendo universal. Ofrece una mirada rica y matizada sobre la juventud, destacando sus fortalezas y limitaciones a través de un enfoque moral y filosófico. La esperanza, descrita como una característica central de los jóvenes, es a la vez su mayor virtud y su mayor vulnerabilidad. Este texto no solo invita a reflexionar sobre la naturaleza de la juventud, sino también sobre cómo esta energía y entusiasmo pueden ser guiados para alcanzar un desarrollo pleno y equilibrado.

“...Lo tercero, son magnanimos los mançebos e de gran esperanza porque se tienen en mucho e entremetense de grandes cosas, e podemos aquí añadir la cuarta razón porque abonda en ellos calentura naturalmente sobre los fríos, e por ende son aquellos magnánimos...”. Este párrafo continúa explorando las características atribuidas a los jóvenes desde una perspectiva moral, psicológica y fisiológica, estableciendo un vínculo entre su naturaleza física y sus inclinaciones emocionales y comportamentales. Aquí se destaca la **magnanimidad** y la **esperanza**, características que el autor relaciona con la juventud y que fundamenta en una serie de razones tanto psicológicas como naturales.

D. Juan Manuel subraya que los jóvenes son magnánimos, es decir, de grandes corazones y elevados pensamientos. Esto se debe, en parte, a su autovaloración (“se tienen en mucho”) y a su inclinación a emprender grandes proyectos o desafíos (“entremetense de grandes cosas”). Este rasgo, aunque puede parecer arrogancia o temeridad desde una perspectiva madura, es también una virtud que impulsa a la acción y a la ambición, factores esenciales en etapas de la vida donde se forjan proyectos y se desafían límites.

El autor presenta esta magnanimidad como una mezcla de confianza, energía y una visión optimista de la vida, un rasgo positivo, aunque no exento de riesgos. La juventud, al carecer de la experiencia de los fracasos, a menudo asume desafíos mayores de lo que sus capacidades podrían soportar, pero es precisamente este atrevimiento lo que la hace destacarse como una fuerza transformadora.

El vínculo entre la fisiología y el carácter es una de las ideas más interesantes del texto, es la relación que establece entre las características físicas de los jóvenes y su comportamiento emocional. El autor menciona que en ellos “abonda calentura naturalmente sobre los fríos”, una metáfora que alude a la vitalidad, la pasión y la intensidad propias de la juventud. En términos fisiológicos medievales, esta “calentura” podría interpretarse como un exceso de energía o vigor, un concepto que responde a las teorías humoralistas de la época, donde el calor interno se asociaba con el dinamismo y la fuerza. Desde esta perspectiva, la magnanimidad juvenil no es solo un rasgo psicológico, sino algo profundamente enraizado en su naturaleza corporal. Esta visión refleja el pensamiento medieval, que tendía a conectar el cuerpo y el espíritu como partes de un todo inseparable.

Otra idea presente en el párrafo es la esperanza como motor de la juventud, refuerza la idea de que los jóvenes son de “gran esperanza”, una característica asociada tanto a su falta de experiencia como a su confianza en el futuro. En esta visión, la esperanza no es simplemente un estado emocional, sino una fuerza que impulsa a los

jóvenes a intentar lo imposible y a asumir riesgos. Al combinar esta esperanza con la magnanimidad y la “calentura”, el autor describe una juventud llena de ímpetu, que se mueve con confianza hacia sus objetivos y no se detiene ante los obstáculos.

El añadido de la “cuarta razón” refuerza la relación entre lo físico y lo psicológico en los jóvenes. La “calentura”, entendida como vitalidad física, se convierte en la base de su magnanimidad y confianza. Esto sugiere que el autor ve en los jóvenes un equilibrio dinámico entre lo natural y lo emocional: su energía física alimenta sus aspiraciones y su grandeza de espíritu.

Desde una perspectiva contemporánea, podríamos reinterpretar esta idea como la conexión entre la biología y el comportamiento: la fuerza y energía propias de la juventud predisponen a los jóvenes a asumir retos con entusiasmo y a mantener una visión optimista de la vida. Aunque los términos medievales puedan parecer arcaicos, la esencia de la observación sigue siendo válida.

También presente el contraste con la madurez. Aunque el texto se centra en los jóvenes, implícitamente introduce un contraste con la madurez, donde estas características suelen atemperarse. La experiencia y la reflexión, propias de las etapas posteriores de la vida, moderan la magnanimidad y el impulso, sustituyéndolos por prudencia y cautela. En este sentido, el autor no solo describe a los jóvenes, sino que también los enmarca dentro de una visión más amplia del ciclo vital.

Al mencionar razones derivadas de Aristóteles y la tradición de la *Retórica*, se inscribe en el pensamiento clásico que busca explicar los comportamientos humanos a través de principios universales. Esta visión busca no solo describir, sino también justificar las características de los jóvenes como parte de un orden natural. Ofrece una descripción idealizada pero fundamentada de la juventud, subrayando la relación entre su vitalidad física y sus características emocionales y morales. Al conectar la magnanimidad y la esperanza con la “calentura” natural de los jóvenes, el texto no solo resalta las virtudes propias de esta etapa de la vida, sino que también presenta un modelo que invita a reflexionar sobre la naturaleza humana y su desarrollo. La juventud, aquí, aparece como una etapa de energía y grandeza, pero también como un tiempo donde la pasión y la confianza deben ser guiadas para alcanzar su máximo potencial.

...Lo quarto, non son maliçiosos porque cuydan que todos los omes son buenos, e non toman mala opinión de ninguno, ca por sí muestran los otros. Lo quinto, son misericordiosos porque cuydan que todos los omes sufren mal atuento, e por ende de ligero se mueven a misericordia sobre ellos. Lo sexto, son vergoñosos, que aman mucho gloria e onrra, e cada uno teme de perder aquello que mucho ama, e por ende de ligero toman verguença. Et tales costunbres deben aver los reyes ca toda cosa que es de alabar en qualquier estado de los omes debe ser alabado en ellos...

Continúa y presenta un análisis moral y psicológico sobre la juventud, destacando tres rasgos positivos: la ausencia de malicia, la misericordia y la vergüenza. Además, ofrece una reflexión sobre cómo estas cualidades, propias de los jóvenes, deberían ser adoptadas y valoradas especialmente por los reyes, quienes encarnan el ideal de liderazgo.

En cuanto a la ausencia de malicia, el autor observa que los jóvenes no son maliciosos porque parten de la creencia de que “todos los omes son buenos”. Esta perspectiva revela la naturaleza optimista e ingenua de la juventud, que tiende a proyectar sus propias intenciones sobre los demás (“ca por sí muestran los otros”). Este rasgo, aunque positivo, también refleja una vulnerabilidad: al no sospechar malicia en los demás, los jóvenes son más susceptibles al engaño y a la desilusión. En el contexto del pensamiento medieval, esta característica resalta la pureza moral que se atribuye a la juventud como una etapa de la vida libre de las corrupciones del mundo adulto. Sin embargo, también puede interpretarse como una advertencia sobre los riesgos de la inexperiencia y la confianza desmedida.

Entiende la misericordia como rasgo distintivo de la juventud, subrayando que los jóvenes son misericordiosos porque asumen que “todos los omes sufren mal atuerto”. Esta empatía, que surge de su capacidad para imaginar el sufrimiento ajeno, los hace propensos a la compasión y a moverse con facilidad hacia actos de misericordia. Este rasgo refuerza la idea de que la juventud, al carecer de cinismo o dureza adquirida con la edad, es más receptiva al dolor de los demás. En el contexto de la filosofía medieval, la misericordia no solo se considera una virtud, sino también un reflejo de la bondad divina, por lo que es especialmente valorada en líderes y gobernantes.

Don Juan Manuel entiende en los jóvenes la vergüenza como motivación moral. El texto menciona que los jóvenes son “vergoñosos” porque aman la gloria y el honor; y temen perder lo que valoran profundamente. Esta vergüenza actúa como un freno moral, impidiendo que los jóvenes se comporten de manera que pueda comprometer su reputación o deshonrarles. Se establece una conexión directa entre la vergüenza y la autoestima. El deseo de mantener la honra lleva a los jóvenes a evitar acciones que puedan dañarla. En este sentido, la vergüenza no se presenta como un defecto, sino como una herramienta positiva que guía el comportamiento hacia ideales socialmente aceptados.

Advierte sobre las cualidades deseables en los reyes. El cierre del párrafo vincula estas virtudes juveniles con el ideal de liderazgo, sugiriendo que los reyes deben incorporar estas características. El razonamiento es claro: si una cualidad es digna de alabanza en cualquier persona, es aún más digna en un rey, cuya conducta influye en toda la sociedad. El autor parece sostener que un buen gobernante no solo debe poseer fuerza y sabiduría, sino también bondad, compasión y un sentido profundo de la honra. Estas virtudes, propias de la juventud según el texto, son presentadas como esenciales para el ejercicio del poder, ya que aseguran un liderazgo justo y humano.

Van a la par idealización y normatividad. Este párrafo idealiza a la juventud como un modelo de virtudes morales que pueden servir como guía tanto para individuos como para líderes. Sin embargo, detrás de esta idealización subyace un mensaje normativo, pues no se trata solo de describir a los jóvenes, sino de establecer un estándar al que todos, especialmente los reyes, deberían aspirar. Este enfoque pedagógico es típico de la literatura medieval, que busca instruir al lector sobre cómo comportarse de manera virtuosa.

Aunque el texto pertenece a un contexto histórico específico, sus ideas tienen ecos en el presente. La importancia de la empatía, la ausencia de malicia y el sentido del honor sigue siendo relevante en debates sobre liderazgo, moralidad y educación. El ideal de que los líderes deben incorporar las mejores cualidades humanas es una

noción atemporal que resuena en diferentes culturas y épocas. Este párrafo traza un retrato de la juventud como un ejemplo de virtudes morales fundamentales: confianza, compasión y honra. Al vincular estas cualidades con el ideal del buen gobernante, el autor no solo exalta a los jóvenes, sino que también establece un estándar ético para los líderes de su tiempo. Este texto, profundamente moral y normativo, invita a reflexionar sobre la importancia de mantener estas virtudes a lo largo de la vida, tanto en lo personal como en lo político.

Don Juan Manuel en su obra se extiende sobre ejemplos de cada una de estas virtudes de la mocedad y por qué razones convenían a los reyes. Para la largueza, se cita el *Policraticus*, que menciona como modelo al emperador Tito; para la esperanza, el Josué del *Éxodo* y el *Libro de los Jueces*; la magnanimidad y la fortaleza estarían representadas en Alejandro Magno; la falta de malicia y la misericordia se ilustraban con la historia del rey David y algunas páginas del *Libro de la clemencia* de Séneca, romanceado por Alonso de Cartagena en la década de 1450.

La vergüenza es la única virtud que mueve a una reflexión más detenida del autor, pues explica que los reyes nunca deberían realizar obras por las que pudieran sentir vergüenza. En este sentido, la cualidad no les es necesaria, pero sí como punto medio entre la sobrepujanza (el exceso de fuerza para realizar una acción), propia de los desvergonzados, y el desfallecimiento.

En cuanto a la imagen negativa de la juventud, se plantea como otra secuencia de defectos o malas costumbres, que hay que intentar reeducar o extirpar para conseguir un buen rey, así se pronuncia de esta forma: “Conviene de saber que el filósofo en el segundo de la Rretórica pone seys costunbres malas et de reprehender en los mançebos, así como puso seys buenas, las cuales malas son estas: que son regidos de pasiones...”

3.3. *Costumbres malas en los moços según don Juan Manuel*

Natural muy viva e mueve los a aver apetitos desordenados de la carne; lo segundo porque son menguados en el entendimiento e en la razón, e por ende vençeles la pasión.

La segunda costumbre mala dellos es que son de ligero movibles e trastornables, ca así como en los sus cuerpos son los humores en grand movimiento, así los sus corazones son muy movibles a cobdiciar muchas cosas. E por ende dise el filósofo que han las condiciones muy agudas.

La tercera es que creen de ligero, e esto les conteçe por dos razones: la primera, que por sus simples a mesuran las otras e creen lo que les dise cada uno que es bueno, e dan fe a sus dichos; lo segundo, porque non son muy probados en sus fechos, e por ende quando les disen alguna cosa non teniendo mientes a todo lo que deven, o creen de ligero aquello que les proponen. La cuarta es que son peleadores, e esto les conteçe porque desean mucho sobrepujar a los otros, e por ende cuydan que faciendo tuertos e desaguizados, que por eso llevan ventaja de los otros.

La quinta mala condición dellos es que son mintrosos e porfiosos, ca cuydan que saben las cosas e non aviéndo prueba dellas porfían mucho sobrellas, e porque quieren parecer que saben mucho todas las cosas que afirman, e porque afirman lo que no saben, mienten de ligero e después que han mentido porque hayan vanagloria, porfían mucho sobrello. La sexta mala condición es que non saben tener manera en cosa del mundo, mas todas las cosas fassen con sobrevia. E por eso dise el filósofo en el segundo de la Rretórica que cuando aman los mançebos, aman mucho, e cuando aborrecen, aborrecen mucho, e esto les conteçe porque han la sanna muy aguda e han muy afincadas pasiones, e por ende cuando reçiben sanna reçibenla mucho, e porque más biven por pasyon que por razón, non pueden temprar sus pasiones nin sus cobdiçias e fassen todas las cosas con sobrepujança.

E si estas malas costumbres son de denostar en los mançebos, mucho más lo son en los mayores e tocan más en los reyes que en otros ningunos.

Ahora presenta una visión crítica de los jóvenes, señalando lo que el autor considera como sus defectos más notorios. Aunque este análisis sigue una estructura lógica y busca fundamentarse en principios filosóficos (mencionando al “filósofo”, probablemente Aristóteles), también refleja los prejuicios de una época que tendía a ver la juventud como una etapa de impulsos descontrolados y falta de madurez.

Identifica la juventud con el desorden emocional. Los jóvenes tienen una “natural muy viva”, lo que los lleva a sucumbir a deseos desordenados y a actuar impulsivamente. Se les describe como vulnerables a las pasiones y a los apetitos carnales debido a su falta de entendimiento y razón. Esta observación conecta con una visión clásica de la juventud como un período de inestabilidad emocional y corporal, marcado por el desequilibrio de los “humores”, según las teorías fisiológicas medievales.

Esta percepción negativa subraya una desconfianza hacia la capacidad de los jóvenes para dominar sus instintos y actuar de manera racional. Sin embargo, también refleja una concepción didáctica que busca advertir sobre los peligros de dejarse llevar por las pasiones sin el control de la razón.

Otro aspecto negativo que llama la atención de D. Juan Manuel es la inconstancia y la falta de juicio. Señala que los jóvenes son “movibles e trastornables”, lo que implica que cambian de opinión con facilidad y carecen de estabilidad emocional. Esta característica se asocia con su fisiología (“los humores en grand movimiento”), lo que refuerza la idea de que sus defectos no son solo psicológicos, sino también naturales. Además, se les acusa de ser crédulos, debido a su falta de experiencia y a su tendencia a medir el mundo según su propia simplicidad. Esta falta de criterio los lleva a creer rápidamente en lo que otros dicen sin cuestionarlo, lo que los convierte en presas fáciles de la manipulación. Aunque el texto critica esta credulidad, también puede interpretarse como una advertencia sobre la importancia de desarrollar un pensamiento crítico.

Otro negativo aspecto sería el deseo de competir y su competitividad, sumado a un gusto fuera de lo normal por los conflictos. Aquí vemos como en la sociedad de hoy están presentes, omnipresentes, estas características, pero ya no tienen nada que ver

con la juventud, se han hecho dueñas de todas las edades en una especie de síndrome de Peter Pan que se apodera de los políticos, sobre todo, aunque a fuerza de promocionar ideas afectas a su causa se ha conseguido imbuir en la mente del colectivo social este exacerbado deseo, presente, omnipresente, de competir y discutir.

Así, la juventud es descrita como peleadora, motivada por un deseo de “sobrepujar a los otros”. Esta característica conecta con el espíritu competitivo propio de la edad, pero aquí se le otorga un matiz negativo: los jóvenes buscan imponerse incluso a través de “tuertos e desaguisados”. Se enfatiza su incapacidad para reconocer límites éticos, pues asocian la ventaja personal con la transgresión y el dominio de los demás. Los identifica con una especie de prolongación de aquella rabieta de los niños mimados que no cesan de gritar y patalear hasta que, por hastío, los mayores acceden a darle lo que pide con tanto tesón y violencia.

Aunque este rasgo puede parecer crítico, también pone de relieve una característica positiva de la juventud: su energía y ambición, que, si son guiadas correctamente, podrían transformarse en virtudes.

Acusa a los jóvenes de tener vanidad, de mentir y de obstinación. Los jóvenes son acusados de ser “mintrosos e porfiosos”, es decir, de afirmar cosas sin fundamento y luego defenderlas obstinadamente por vanagloria. Esta observación señala su tendencia a aparentar sabiduría, incluso cuando no la tienen, lo que se traduce en mentiras y discusiones innecesarias. A veces esta actitud casa con la falta de conocimiento, de ahí el refrán: “la ignorancia es atrevida”.

Esta crítica refleja un problema universal: el deseo humano de ser reconocido y admirado, que se intensifica durante la juventud. Aunque el texto lo presenta como una característica negativa, también es un recordatorio de que el aprendizaje y la experiencia son esenciales para superar estas actitudes.

Igualmente reconoce en los jóvenes una falta de moderación. Uno de los puntos más importantes del texto es la afirmación de que los jóvenes “non saben tener manera en cosa del mundo”. Se les describe como personas extremas en sus emociones y comportamientos, incapaces de templar sus pasiones. Aman y aborrecen “mucho” y actúan con “sobrepunja”, es decir, de manera exagerada y sin moderación. El autor atribuye esto a su dependencia de las pasiones por encima de la razón, lo que los hace actuar impulsivamente. Esta descripción coincide con la idea clásica de que la juventud es un período de exceso, donde el equilibrio y la prudencia están ausentes.

El texto concluye con una advertencia clara: si estas malas costumbres son criticables en los jóvenes, lo son aún más en los mayores, especialmente en los reyes. Los reyes tienen como obligación inherente el ser ejemplos para sus súbditos, para su pueblo. Aquí, también el autor, traslada la responsabilidad de corregir estos defectos a quienes ostentan el poder, subrayando que el mal comportamiento de los gobernantes tiene consecuencias más graves debido a su impacto en toda la sociedad. Esta advertencia tiene un carácter normativo, típico de la literatura medieval, que buscaba instruir tanto a los líderes como al pueblo sobre los peligros de la inmoralidad y el mal gobierno.

Recordemos la filosofía de Maquiavelo, que propugnaba que el príncipe que no era digno de tal condición y actuaba abusivamente, en contra del bien del pueblo, lo suyo era deponerlo, con lo que aceptaba como válido un golpe de Estado para deponer al tirano o al mal gobernante, lo que parece a los ojos de muchos como una equivocación.

ción y una calamidad, en realidad, a los ojos de Maquiavelo no era más que una virtud que salvaba al pueblo. Y ese es el motivo de ciertos golpes de Estado llamados antide-mocráticos, cuando la democracia es una falacia y una anarquía donde reina el terror, el vandalismo, los atentados, el terrorismo, el hambre y la muerte, hay, necesariamente, que poner solución. Las urnas son manipulables, la voz del pueblo, no. Si la voz del pueblo está representada por el ejército, cuya misión es defender al país incluso de sí mismo, lo propio es proceder, porque esa es la misión fundamental del ejército, en cualquier nación.

El tono del texto es severo y crítico, reflejando una visión que resalta los defectos de la juventud para advertir sobre sus peligros. Sin embargo, también tiene un propósito pedagógico: al exponer estas “malas costumbres”, el autor busca fomentar la autoconciencia y el desarrollo moral, tanto en los jóvenes como en los adultos. Aunque este texto pertenece a un contexto histórico específico, muchas de sus observaciones siguen siendo relevantes en debates actuales sobre la juventud. La inexperiencia, la credulidad y la impulsividad son características que a menudo se asocian con los jóvenes, pero que también pueden interpretarse como oportunidades para el aprendizaje y el crecimiento personal. Este texto, cargado de críticas hacia la juventud, refleja una concepción medieval donde las pasiones y la falta de experiencia se consideran defectos peligrosos que deben ser corregidos a través de la razón y la guía moral. Sin embargo, también pone de manifiesto una realidad atemporal: la juventud, con todas sus imperfecciones, es una etapa llena de potencial y energía, cuya correcta dirección puede transformarla en un motor de cambio y renovación.

4. Imágenes contrastadas de la juventud y la senectud

Hay que señalar que las imágenes que Gil de Roma crea para la juventud son contrastadas con las de la senectud, con un efecto de espejo que busca no sólo el artificio retórico, sino el justo punto medio de la madurez, siguiendo la lógica de su fuente principal, Aristóteles, “el filósofo” por antonomasia.

La descripción literaria del cuerpo del joven repetía una serie de clichés que ponen de manifiesto los modelos estéticos del Medievo: cuerpos bellos, claros, lisos, frescos, sanos, risueños, delgados, vivos y sueltos, de cutis cuidados y sin malformaciones físicas. Sin embargo, por motivos ideológicos, era conveniente que los jóvenes príncipes fueran envejecidos prematuramente, para aumentar su autoridad moral, su sabiduría, a pesar de su juventud. Es lo que pasa también en las representaciones tanto en la Edad Media como en la Edad Moderna del rostro del Niño Jesús, siempre aparece con la carita envejecida, como en senectud, ni siquiera en madurez, esto no es más que el simbolismo de identificar la cara de un Niño Dios, Sabio, el que todo lo sabe, el que todo lo ve, el que todo lo entiende, el que todo conoce, de forma que realmente su aspecto hable de estas cualidades. Un bebé no tiene rasgos que denoten estas cualidades porque la vida no los ha marcado en su rostro, sin embargo, El que Es a través de los tiempos, la Existencia que no fue creada y del que todo parte y adonde todo regresa, debe tener reflejado en su rostro la sabiduría y la sensatez, el rostro no debía ser el de un niño, sino el de un Niño Dios, el que todo lo sabe, porque es Dios mismo. Por ello, las descrip-

ciones y representaciones que se hacen en crónicas y biografías tienden a representarlos con más edad de la que en realidad tenían y esto es algo que comparten las representaciones regias en ocasiones, siendo un ejemplo destacable Juan II de Castilla, que reinó a partir de los dos años de edad, pero que siempre aparece en los retratos biográficos como adulto. Los reyes se entendían que lo eran “por la Gracia de Dios”, en cierto modo participan de cierto poder divino, que les ha sido otorgado por Dios mismo.

4.1. *Gil de Roma*

Gil de Roma, conocido también como Egidio Romano o Aegidius Romanus (ca. 1247-1316), fue un influyente teólogo y filósofo medieval, discípulo de Santo Tomás de Aquino y figura destacada de la orden agustiniana. Su pensamiento abarcó diversas áreas, incluyendo la filosofía política, la ética y la teología; y es particularmente recordado por sus reflexiones sobre la naturaleza del hombre, el poder y el orden social.

Uno de los aspectos más interesantes de su obra es su concepción de las edades del hombre y su desarrollo a través del tiempo. Inspirado por la tradición aristotélica y los escritos clásicos, Gil de Roma abordó el ciclo vital humano como una secuencia de etapas en las que la razón y las virtudes desempeñan un papel central.

4.1.1. *Las edades del hombre según Gil de Roma*

Gil de Roma concibe la vida humana como un proceso dividido en tres grandes etapas, cada una de ellas caracterizada por ciertos atributos y desafíos. Esta estructura está influenciada por la *Retórica* de Aristóteles, que también describe tres edades del hombre: juventud, madurez y vejez. Sin embargo, Gil de Roma amplía estas ideas desde una perspectiva cristiana y moral:

- a. **La juventud o *Adulescentia*.** La juventud es una etapa marcada por la energía, la pasión y el deseo. Según Gil de Roma, los jóvenes están dominados por las pasiones y carecen de la experiencia necesaria para guiar sus acciones con prudencia. Aunque esta etapa está asociada a la falta de moderación, también es un momento de aprendizaje y formación. Es aquí donde se siembra la virtud a través de la educación y la disciplina. En el ámbito político, los jóvenes representan el ímpetu y la innovación, pero requieren la guía de los mayores para evitar errores derivados de su falta de experiencia.
- b. **La madurez o *Aetas virilis*.** La madurez es la edad de la razón y la responsabilidad. En esta etapa, el hombre alcanza su plenitud física e intelectual, siendo capaz de equilibrar las pasiones con la prudencia. Según Gil de Roma, esta es la etapa más importante para el ejercicio del poder y la toma de decisiones, ya que combina la fuerza necesaria para actuar con el juicio necesario para hacerlo correctamente. Desde

una perspectiva política, los hombres maduros representan el liderazgo ideal, guiado por la justicia, la templanza y la sabiduría.

- c. La vejez o *Senectus*.** La vejez, aunque físicamente debilitada, es el momento de la reflexión y la sabiduría acumulada. En esta etapa, el hombre se libera de las pasiones y dedica su vida a la contemplación y la enseñanza. Gil de Roma ve en los ancianos una fuente de consejo y experiencia, crucial para guiar a las generaciones más jóvenes. En el ámbito político, su rol es más indirecto, pero igualmente esencial, ya que aportan estabilidad y memoria con perspectiva histórica.

4.1.2. *Influencias y contexto filosófico en Gil de Roma*

La visión de Gil de Roma sobre las edades del hombre está profundamente influenciada por la tradición clásica y cristiana. Por un lado, Aristóteles y su análisis de la juventud, la madurez y la vejez como etapas naturales de la vida humana. Por otro, la perspectiva cristiana añade un enfoque teleológico, donde cada etapa está orientada hacia el perfeccionamiento moral y espiritual.

Además, su pensamiento está vinculado a la concepción medieval del orden jerárquico y la armonía social. Cada edad tiene un rol específico en el funcionamiento de la sociedad: los jóvenes representan la fuerza y el aprendizaje, los adultos el liderazgo y la acción, y los ancianos la sabiduría y la orientación.

4.1.3. *Las edades del hombre y la política según Gil de Roma*

En su obra más conocida, *De regimine principum*, traducido como “El gobierno de los príncipes”, Gil de Roma aplica estas ideas al ámbito político. Según él, un buen gobernante debe encarnar las virtudes de la madurez, pero también debe saber escuchar a los ancianos y guiar a los jóvenes.

- Los jóvenes en el gobierno son peligrosos si actúan sin supervisión, ya que sus decisiones pueden estar influenciadas por pasiones y ambiciones desmedidas.
- Los ancianos, aunque menos activos físicamente, aportan el consejo necesario para evitar los errores del pasado y asegurar la estabilidad del reino.
- En este esquema, la madurez representa el equilibrio perfecto entre la acción y la reflexión, convirtiéndose en el modelo ideal para el liderazgo político.

Aunque el pensamiento de Gil de Roma está profundamente anclado en el contexto medieval, su análisis de las edades del hombre tiene implicaciones que resuenan en la actualidad. La idea de que cada etapa de la

vida aporta algo único a la sociedad sigue siendo válida en debates sobre educación, política y relaciones intergeneracionales.

- La juventud, con su energía e innovación, es fundamental para el cambio y el progreso.
- La madurez, con su equilibrio entre acción y reflexión, proporciona liderazgo y estabilidad.
- La vejez, con su experiencia y sabiduría, garantiza la transmisión de conocimientos y valores.

La concepción de las edades del hombre en Gil de Roma es un ejemplo de cómo el pensamiento medieval unía filosofía, moral y política para ofrecer una visión integral de la vida humana.

Cada etapa es vista no solo como una fase biológica, sino como una oportunidad para desarrollar virtudes específicas que contribuyan al bienestar personal y colectivo. Esta perspectiva, que combina la tradición clásica con los valores cristianos, sigue siendo una herramienta valiosa para reflexionar sobre el papel de cada generación en la sociedad. El culto a la juventud, tan presente contemporáneamente, no tiene razón de ser, es más, es contraproducente, la sociedad debe ser equilibrada para caminar en sentido correcto, cada edad aporta valores indiscutibles que han de ser tenidos en cuenta, por el contrario, contemporáneamente, la adultez y la senectud son etapas denostadas, parece como si los gobernantes necesitasen a los jóvenes para dominar, los adoctrinan, los utilizan, inculcan en sus mentes amarillismo según intereses y el “progreso” se convierte de este modo en un “anti progreso”, los valores en “anti valores”.